

La Guerra de la Independencia en Rentería (1808-1814)¹

José Ramón Cruz Mundet

Una vez más nos encontramos con los efectos, afortunadamente benéficos, de la cultura de la celebración. Novedades editoriales, exposiciones, series televisivas y una amplia gama de otros productos de las denominadas industrias culturales hacen de este acontecimiento histórico un producto de consumo. Bienvenidos sean las unas y el otro, porque las colas a las puertas de los museos y los libros de historia en las abigarradas secciones de novedades son efecto de este fenómeno y, al mismo tiempo, síntoma de la elevación del nivel cultural de la población; aunque tantas otras veces haya motivos, muchos, para pensar lo contrario y dudar de si se trata de un mero espejismo.

La Guerra de la Independencia fue un momento histórico de primera magnitud, en el que Europa vivió la quiebra de las monarquías absolutas, aunque algunas se rehicieron después por breve tiempo, y permitió la manifestación de los espíritus nacionales con una complejidad inusual en la vieja sociedad que tocaba a su fin. Una guerra perdida por su promotor en los campos de batalla, pero ganada en buena parte de sus fines, y que concluye haciendo a Europa y al mundo entero partícipe de una nueva era. Las botas de los perdedores difundieron como una pandemia imparable los valores de la revolución y la codificación de una sociedad nueva, como lo es también el período histórico que se abre entonces y aún continúa.

A nuestro pueblo, por su posición geográfica, le cupo el dudoso honor de ser uno de los primeros de España en acceder a esta guerra y uno de los últimos en verla terminar. Aunque jugó un papel marginal desde el punto de vista bélico, entre tanto le tocaron cinco años de sufrimientos y penalidades, de los que

también salió transformado en algunos aspectos sobre los que no suele fijarse la atención cuando se trata este tema, por carecer de los tintes heroicos de las grandes batallas y de los hombres de acción; pero cuyos efectos fueron mucho más profundos y determinantes que el del cruce de los sables.

El 19 de octubre de 1807, en virtud del Tratado de Fontainebleau, las tropas napoleónicas pisaron por vez primera suelo guipuzcoano y continuarán haciéndolo hasta la nada despreciable cifra de 250.000 hombres, de los que muy pocos se quedaron, en tránsito hacia la ocupación de España y la conquista de Portugal primero, y para luchar contra la nación en armas, después.

Las tres provincias vascas quedaron unificadas en la circunscripción denominada Gobierno de Vizcaya o Gobierno Cuarto, al mando del general Pierre Thouvenot (1757-1817) con plenos poderes, que el 5 de marzo de 1808 tomó la guarnición de San Sebastián y sentó su plaza en ella. Disolvió por decreto las diputaciones y Juntas Generales, sustituyéndolas respectivamente por un Consejo de Provincia compuesto por dos propietarios y dos comerciantes, más contador, tesorero y secretario, renovables cada seis meses.

Tras el levantamiento del dos de mayo y la victoria de las armas españolas en la batalla de Bailén del 19 de julio, la sublevación dio sus primeros pasos en el interior de la provincia con algunas acciones, como la de los tolosarras Juan Ángel de Lizarraga y Joaquín Yeregui en el mes de agosto de 1808, al frente de 16 mozos integrados en la denominada Compañía de Maleteros; o las de Ignacio de Orcaiztegui, también de Tolosa, que murió fusilado en Villafranca el 9 de

1. (Este artículo está basado en mi tesis doctoral: *Rentería en la crisis del Antiguo Régimen: familia, caserío y sociedad rural*, 1991; en el artículo de Juan Carlos Jiménez de Aberasturi: "Fuentes documentales para el estudio de la historia de Guipúzcoa en el Archivo del Ejército de Tierra Francés: Paris, Château de Vincennes", *Bilduma*, 1998, de donde he tomado las noticias referentes al incidente de Insusaga; y en el artículo sobre la *Papeleta de Oyarzun* en el Boletín de la RSBAP, 1964, accesible en http://piobaroja.gipuzkoakultura2.net/pio_baroja_lapapeleta_eu.php).

febrero de 1810. Pero la resistencia no pasó de escaramuzas ocasionales por parte de grupos aislados y mal armados hasta 1811 y sobre todo al año siguiente, cuando la situación de las tropas napoleónicas se vea comprometida seriamente tras la batalla de los Arapiles (Salamanca). Es entonces cuando destaca Gaspar Jauregui "Artzaia", que ya en marzo de 1810, con apenas 18 años, había asaltado un correo francés en el Alto de la Descarga, y en junio había formado su primera partida con otros seis hombres, llegando a poner en pie y estar al frente de tres batallones bien armados y uniformados, cuyo campo de operaciones era la mitad occidental y Vizcaya. Más tarde alcanzó la graduación de general. Por nuestra comarca andaban los hombres de Mina. El navarro Francisco Espoz y Mina había luchado desde 1808 en Jaca a las órdenes del comisionado inglés Doyle, y al año siguiente se incorporó al "corso terrestre de Navarra" a las órdenes de su sobrino, Francisco Javier Mina (Mina el Mozo). Habiendo sido capturado éste en 1810 por los franceses, su tío se puso al frente de las partidas, llegando a constituir un ejército de unos 3.000 hombres, que luchó en Guipúzcoa, Navarra, Aragón y Castilla.

Durante casi toda la guerra Guipúzcoa quedó en la retaguardia, sin embargo tuvo su importancia estratégica en cuanto lugar de paso de tropas hacia el interior por el Camino Real de Coches, así como por su línea de costa, tan importante para el abastecimiento, como peligrosa por la introducción de contrabando y de armas para los sublevados. Por eso Thouvenot ocupó las fortalezas y los puertos costeros, y colocó 15 guarniciones en puntos estratégicos a lo largo del Camino, para mantenerlo expedito; además de una serie de columnas móviles que se desplazaban por la provincia. La actitud de la población no puede considerarse hostil, sino fundamentalmente pasiva, lo que incluía la práctica consuetudinaria de la remolonería a las decisiones de las autoridades, aunque tampoco cabe hablar de desobediencia. El general trató de poner en pie una compañía de gendarmes con voluntarios de las tres provincias y pronto hubo de abandonar el proyecto por falta de personal, algo parecido a lo que le sucedió cuando dispuso la creación de una guardia de a caballo para la protección de las comunicaciones, basada en la colaboración de los pueblos.

Además de sufrir su presencia hubo que sostener a los invasores y cubrir los costes de la guerra. Entonces, los ejércitos en guerra vivían sobre el terreno, de modo que el alojamiento y la manutención corrían por cuenta de los invadidos. En el caso español, además, se dio la circunstancia de que ante la quiebra del Estado, la carencia de medios y la debilidad organizativa, el peso de la guerra recayó sobre las haciendas locales. En este sentido Rentería tenía una hacienda municipal robusta, ya que era propietaria de la mayor parte del territorio; dos terceras partes eran bosque de propiedad municipal, y la venta de madera y leña, eran una fuente importante de financiación. Además era pro-

pietaria de edificios como la ferrería de Añarbe, cuatro caseríos, tierras... cuyas rentas proporcionaban buenos ingresos, así como de los arbitrios sobre el consumo de la carne, el vino y la sidra, y los intereses de ciertos capitales en censo (préstamo). A pesar de todo ello, las arcas municipales venían atravesando una mala racha a partir de la Guerra de la Convención (1793-1795), y estaban inmersas en un ciclo de crisis económica que afectaba a toda Europa.

Para hacernos una ligera idea de la situación conviene recordar que Rentería había perdido el 10% de su población en los últimos cuarenta años, de modo que cuando llegaron los franceses en 1808 tan sólo tenía 1.165 habitantes. La gente se dedicaba fundamentalmente a la agricultura y a la silvicultura, a las manufacturas del hierro en pequeña escala y a las actividades auxiliares en torno a ella (transporte, carboneo sobre todo), y al pequeño comercio. Otras actividades tradicionales como la pesca y la navegación andaban de capa caída, a pesar de los esfuerzos por revitalizarlas. El Ayuntamiento había creado en 1798 una compañía de pesca bajo la advocación de San Pedro, dotándola de instalaciones en el edificio del Astillero, después convertido en caserío, cuatro barcos de bajura y todo lo necesario; pero para estas fechas era simple recuerdo. Ante esta perspectiva, los jóvenes optaban por emigrar bien por casamiento a otras localidades, bien por mar a las Indias, sobre todo a Venezuela, como resultado de los flujos creados por la desaparecida Compañía Guipuzcoana de Caracas, y también a California, donde en los últimos años se estaba asentando la población española, especialmente en la Puebla de Nuestra Señora de los Ángeles.

La situación no podía ser peor para hacer frente a una larga ocupación militar y a una guerra de liberación, pero tampoco sirvió de atenuante para dar satisfacción a las continuas y crecientes demandas de unos y de otros. Los ocupantes exigían a la Provincia contribuciones en metálico y en especie, que luego ésta distribuía entre las poblaciones. Por otra parte estaban las exigencias de las guarniciones locales y las de los comisarios franceses de Irún, Oyarzun y Tolosa, y las de las tropas en tránsito, irregulares, difíciles de cuantificar, y que se cobraban por la fuerza. Por último estaban las partidas de guerrilleros, que con nocturnidad y por los mismos medios que los anteriores recaudaban fondos para la liberación. El día de Navidad de 1809 el Ayuntamiento se quejaba amargamente al Comisario General de Policía de su impotencia ante "las frecuentes entradas que de noches hacen los insurgentes en mi cuerpo y población y los perjuicios que de su parte experimentan diversas familias en su salud y bienes". Entre 1808 y 1812 las contribuciones de guerra abonadas por nuestra villa pueden situarse en los 800.000 reales, el equivalente a los ingresos brutos de 12 años buenos, que en parte se financiaron mediante la venta de fincas por un valor superior a los 600.000 reales.

A pesar de que una guerra no es el mejor momento para cambiar los hábitos en sentido positivo, mucho menos los del ejercicio del poder, debe reconocerse a los invasores cierto mérito en este sentido. Las autoridades napoleónicas trataron de establecer un sistema racional y progresivo en la distribución de las cargas fiscales, orientándolas a que pagara más el que más tuviera y esta actitud se sostuvo hasta el final. Todavía en el verano de 1812, sin apenas dominio sobre la zona fronteriza, las autoridades francesas dejaban clara su intención de "que las contribuciones las sufran como es regular los que mejor pueden sobrellevarlas, y es claro que si al de sesenta mil reales de renta se le distribuyen treinta mil, se le perjudica menos que si al de cuatro mil se le hace pagar mil". En este orden de cosas, otra de las aportaciones napoleónicas fue la estadística, pues fue la primera vez en que se elaboró un censo de la riqueza agropecuaria a conciencia y siguiendo una metodología apropiada, a pesar de los intentos obstruccionistas locales. Precisamente, una de las estrategias forales había sido negarse a cualquier intento de cálculo estadístico sobre la riqueza, las rentas y las actividades, declaradas por principio contrarias al fuero y al beneficio que las estimaciones peregrinas proporcionaban a la hora de establecer contribuciones de cualquier tipo al esfuerzo común de la Corona.

En efecto, puede afirmarse que las órdenes emanadas de la autoridad del Gobernador General de Vizcaya sobre la organización del territorio, de la población y de las actividades, lo que hoy denominaríamos gobernanza, rezumaban sentido común y afán civilizador. El problema estribaba en que era imposible hacerlo *manu militari*, mucho menos contra la voluntad de sus destinatarios.

Hecha la ley, hecha la trampa. El Ayuntamiento, en una artera como bien calculada maniobra, decidió desde el principio que para no agobiar a las economías familiares, pagaría de sus arcas todas las contribuciones que se le asignaran. En efecto, quienes nada tenían, ni cabía obtenerlo de ellos, no pagaban; pero quienes tenían y estaban obligados a contribuir, tampoco. Al contrario, destinaron su dinero a prestárselo al Ayuntamiento para que pagara las contribuciones, con la garantía de las tierras, los edificios y otros bienes municipales en caso de imposibilidad de devolución.

Y esto fue lo que ocurrió, incapaz de hacer frente a sus deudas el Ayuntamiento se vio obligado a hacer algo sin precedentes, poner en venta bienes municipales como los cuatro caseríos que poseía (Astillero, Hospital, Insusaga e Isturizaga), así como numerosas fincas. De esta forma, otro de los efectos de la Guerra de la Independencia fue el cambio radical de la estructura de la propiedad de la tierra. Hasta entonces el volumen de tierra cultivada de propiedad privada era aproximadamente de 398 Has. (el 12,8% del término municipal), como consecuencia inmediata de la guerra, entre 1810 y 1814, se vendieron 328 Has. (el 10,5% del término municipal), tierras además valiosas que



Cuadro de Sorolla representando la defensa heroica del parque de artillería de Montealeón el 2 de mayo de 1808 en Madrid.

ya estaban en rendimiento y cedidas bajo canon a distintos beneficiarios. De esta forma, en pocos años, se duplicaba el volumen de tierra en manos privadas, se sentaba el principio revolucionario de la privatización de bienes públicos y arraigaba una clase de propietarios defensores de los principios contra los que paradójicamente luchaban: Libertad, Igualdad y Propiedad; pues tal era y no otra la divisa revolucionaria.

De esta manera se iniciaba un proceso que se dio por todas partes, varió en las formas, pero fue semejante en sus efectos: la privatización de los bienes públicos primero y de la iglesia más adelante, avanzado algo el siglo XIX. Además de reforzar la clase de propietarios y defensores del nuevo régimen, el Ayuntamiento perdió fuentes de ingreso y se vio obligado a seguir vendiendo tierras, bosques y montes, y a basar su hacienda, cada vez más, en los impuestos indirectos sobre el con-

sumo, esto es, aumentando la presión fiscal. La verdad es que la mayoría de las tierras vendidas quedaron en manos de sus anteriores usufructuarios, quienes eran al mismo tiempo acreedores del Ayuntamiento y sus gestores por el turno tradicional. Cabría pensar que las tierras bajo canon estaban cedidas a personas necesitadas, como sucedió en otros momentos posteriores y en zonas de latifundio; pero en nuestro caso, se trataba de tierras ribereñas muy feraces y las más cercanas al pueblo, que necesitaban en cambio fuertes inversiones en su acondicionamiento y sólo quienes poseían medios para invertirlos en ello podían adjudicárselas. Por ello, la privatización de la tierra en este momento obró como una redistribución de la titularidad más que otra cosa y animó la explotación de la misma, pues en la década siguiente la producción de maíz se duplicó.

Es difícil encontrar en nuestro pueblo actitudes heroicas frente al invasor, sino más un pasar de tintes sicilianos que siquiera una resistencia pasiva. Por otra parte era comprensible porque desde todo punto de vista el pueblo no estaba para alegrías, con una población envejecida como consecuencia de la emigración, alejada para estas fechas del puerto de Pasajes, sólo operativo a partir del lugar de San Juan, y con el Camino Real de Coches a más de tres kilómetros del núcleo de población, atravesando una zona apenas habitada. Precisamente allí, donde el camino ascendía una loma suave antes de iniciar el descenso hacia el término de Astigarraga, en la zona actualmente conocida como Perurena, había un caserío propiedad del Ayuntamiento, rodeado de tierras sembradas y que ejercía como venta, denominado por ello Venta de Insusaga. Dada su situación estratégica a medio camino entre Oyarzun y San Sebastián, en zona fronteriza con Navarra, donde las guerrillas atacaban con frecuencia interceptando correos y convoyes en tránsito, los franceses decidieron acondicionarlo rodeándolo con una empalizada y fortificándolo con solidez. Tenía una dotación de 22 gendarmes de a pie del cuarto escuadrón, a las órdenes del gendarme Ravix.

En las montañas del norte de Navarra, cerca de los montes de Añarbe se escondía y tenía su centro de operaciones la partida de Francisco Espoz y Mina, que en la primavera de 1810, tras un proceso de reagrupamiento, fue especialmente activa. En la noche del 11 al 12 de mayo atacó por sorpresa una columna francesa mientras descansaba en Eslava haciendo muchos muertos y prisioneros. Al día siguiente intercepta al correo que iba de Pamplona a Francia con una escolta de 60 hombres. Una semana después actúa en Lecumberri, Vera, Oyarzun... y el día 27 ataca el fortín de Insusaga, intentando por tres veces tomarlo al asalto sin conseguirlo. Finalmente, ante el avance de una columna francesa que acudía en auxilio de los sitiados, le pegó fuego y se retiró dejando en el intento 24 muertos y 50 heridos guerrilleros. La venta de Insusaga quedó destruida por completo, el heroico Ravix fue ascendido a cabo y la posición abando-

nada, con el consiguiente peligro para la seguridad de las comunicaciones. Los guerrilleros pertenecían a la partida de Francisco Antonio de Zabaleta, alias "Beltza", natural de Goizueta y antiguo criado del barón de Areizaga; quien a su vez instigaba y daba cobertura a las partidas, y había sido el mentor del joven Mina hasta que fue apresado por los franceses.

Los documentos oficiales galos hablan de esta pequeña gesta en los siguientes términos:

"Los bandidos se multiplican por su fama, pero son 4/5 veces menos numerosos de lo que se dice y sobre todo, no son muy de temer. Ayer, 25 gendarmes situados en la Venta de Rentería fueron rodeados y atacados por una banda muy fuerte de estos tunantes, mataron a 25 e hirieron por lo menos a otros tantos. Se perdió un gendarme y otros dos fueron heridos. Se persigue desde ayer a la banda y espero terminar con toda ella".

A comienzos de octubre se adoptaron las medidas necesarias para reconstruir la posición de Insusaga. El día 3 se ordena al alcalde el envío de 40 trabajadores con palas, picos y hachas bajo la dirección de Juan Bautista Huici, perito agrimensor de la villa, además de 6 carretas de bueyes y 2 albañiles para recibir los materiales en el puesto. En la misma fecha M. Noel, capitán de granaderos del 103 Regimiento al mando de Rentería, recibe la siguiente orden:

"Las obras para restablecer el puesto de la Venta deberán comenzar mañana día 4 del corriente. Enviará usted un destacamento de 30 hombres para apoyar a los trabajadores que saldrán de Rentería todos los días a las 8 de la mañana con su destacamento. Este destacamento volverá todos los días hasta que se comience a hacer la maniobra, entonces, hasta la finalización de los trabajos, mantendrá usted este puesto fijo en la Venta con un destacamento de 40 hombres por lo menos, tanto para apoyar a los trabajadores como para impedir que los bandidos destruyan por la noche la obra ya hecha.

Encomendará usted al comandante del destacamento que vigile para que los trabajadores trabajen activamente.

Los destacamentos que serán empleados en esta operación recibirán una ración de vino y media ración de pan de suplemento por día".

La inseguridad queda patente en las siguientes comunicaciones al mandársele que informe sobre las obras y sobre los movimientos guerrilleros. El día 7 informa que los trabajos van lentos. El día 20 llega la madera para la empalizada y se ordena al capitán Noel que esté allí con su compañía para evitar que los guerrilleros la quemem. El 31 se le indica la inutilidad de permanecer en Insusaga con todos sus hombres, instándole a dejar 30 soldados con un oficial, además del destacamento de gendarmes, y regresar con el resto a



Caricatura británica de J. Gillray, de 1808, que da una visión satírica de los "patriotas españoles", donde puede observarse el protagonismo de los representantes religiosos.

Rentería a la espera de nuevas órdenes. Así concluyen también las referencias a este puesto fortificado que, una vez concluida la guerra, será vendido junto con otras muchas fincas municipales.

Poco más sabemos de los hechos de armas en nuestra localidad, salvo que la entrada de las tropas liberadoras tuvo un efecto no menos desastroso, pues se entregaron a la destrucción sistemática de las cosechas, a talar frutales y otros desmanes, permaneciendo acantonadas durante más de un año. "La Papeleta de Oyarzun", uno de los periódicos más antiguos de Guipúzcoa, que se tiraba en la imprenta de Ignacio Ramón Baroja, anunciaba en su número 30 de 19 de mayo de 1814:

"PASAGES 18 DE MAYO. Se observa un movimiento en los transportes ingleses que indica la pronta salida de ellos, algunos aprestan sus aparejos, otros reciben mucha gente estropeada y sana; se embarcan caballos de oficiales, se desocupan hospitales embarcando sus muebles o efectos, y también los que se hallan en los depó-

sitos. Asimismo se han desmontado y embarcado las cureñas, carros y otros adherentes de artillería que se hallaban en el campo del convento de Capuchinos de Rentería y una de las casas portátiles que se montó para hospital en su huerta.

OYARZUN 19 DE MAYO. Continúa el regreso de los prisioneros españoles en considerable número, y vienen con ellos algunas mugeres francesas.

Estamos esperando al Lord Wellington que según aseguran pasa a Madrid. Los tiros están dispuestos y la primera división del Tercer Ejército que se halla aquí está preparada para recibirle".

Seis años de ocupación y guerra acabaron para siempre con la Rentería del Antiguo Régimen, operando una redistribución de la propiedad sin precedentes, una revolución silenciosa, juiciosamente administrada por sus beneficiarios, y lejos del comprometedor influjo de los que defendiendo a Fernando o a la Constitución se habían levantado en armas. ■